
El lustrador (cuento)

JAIME COLLAZO ODRIOSOLA

*A Susana Crellis, que me "desayunó"
sobre el cuento que podía escribir.*

En la "leonera" había oído hablar mucho de él; particularmente desde el suceso que debía haber cambiado su vida y que quizás la cambió. Pero yo no lo identifiqué hasta la noche en que me tiró una ficha de quinientos pesos en una forma muy especial. Por unos momentos quedé perplejo. Él lo notó y respondió a mi mirada interrogativa: "Para ustedes". Con el rabillo del ojo percibí que Campos se acercaba a la mesa con desusada velocidad y cuando estaba poniendo la ficha en la cañota, sentí el piñazo en los riñones. De lo que dijo en voz baja, nada elogioso para mi persona, mientras sonreía a los conocidos que lo saludaban entre el público, lo único que retuve fue la identificación. Entonces lo miré con más cuidado. Jugaba en cuatro mesas a la vez. Era alto, fornido, con un bigote cuadrangular que armonizaba con sus trazos gruesos. La risa franca y la carcajada parecían vedadas para él. Incluso una pálida sonrisa era un atributo que rara vez dejaba ver en su rostro serio, casi hosco. Tal vez esa actitud, tal vez una vida dura, hacían que pareciera tener de treinta años para arriba, cuando en verdad luego supimos que sólo contaba veinticuatro.

Desde que su edad se lo permitió, quizás antes, comenzó a frecuentar el cacino con regularidad, pero no fue hasta la semana anterior que se convirtió en un personaje. Anteriormente se lo incluía entre los "moscas", personas que no van precisamente a jugar sino a ganarse la vida. Aunque él nunca había sido propiamente un mosca. Es cierto que pedía dinero, oficiaba de informante, hacía favores retribuíbles y se "pegaba" a todo cliente con suerte, pero lo obtenido no iba destinado a su subsistencia sino directamente a la timba. Era un jugador obsesivo. También gastaba los pequeños ingresos que le dejaba su trabajo de lustrador. Claro que con eso, generalmente no estaba "activo" más de media hora; en ocasiones cinco o diez minutos; porque lo que en la jerga se conoce como un "calavera", el que concentra todo lo que tiene en el mínimo de posibilidades, de tal forma que es casi imposible que llegue a ganar, lo cual no impide alentar la esperanza de que el día que la suerte lo favorezca se le sacará todo el jugo posible a la buena racha.

No sé si alguien sabía nada positivo acerca suyo, pero a mí siempre me gustó la versión del "Pape".

JAIME COLLAZO ODRIOSOLA. Profesor-investigador de la Facultad de Humanidades y en la Facultad de Ciencias Políticas de la UAEM.

La UAEM acaba de publicarle un libro sobre teoría de la historia. A publicado varios cuentos en diferentes publicaciones periódicas.

No porque fuera el único que tenía una cierta amistad con él, sino porque era la más coherente, entera, lógica, y por eso mismo, seguramente falsa. De acuerdo con esto, tuvo una infancia muy pobre y a los ocho años comenzó a lustrar zapatos. Nunca salió del oficio pero logró escalar posiciones en el ámbito geográfico. Iniciada en humildes cafetines de barrio, había llegado a la Plaza Independencia desde donde dominaba el Tupí Nambá, Sorrento, los accesos a El Águila y el Solís, el Sorocabana y todos los cafés de las pasivas que rodeaban el monumento a Artigas.



Habiendo palpado desde joven las durezas de la vida, no era extraño que fuera desconfiado y reservado.

Tampoco está muy claro el comienzo de su peripecia, que si en pleno auge él se negó a relatar, mucho menos lo quiere hacer ahora, cuando ya pasaron tantos años y sólo desea que nadie le recuerde nada de aquel terrible 1961. Para mí, el problema de verificar lo que el "Pape" decía, consistió en que nunca pude ubicar al que le dio las monedas iniciales, ni siquiera al que le completó los diecinueve centésimos que le faltaban para llegar al peso. Porque a partir de ahí, lo demás se haría más consistente. Lo único que sí puedo asegurar, es que en ese entonces el mínimo a pleno en la ruleta era de un peso; con menos de eso no podía apostar.

En realidad yo nunca hablé directamente de él con el "Pape". Fue Orlando el que hizo de intermediario involuntario y teniendo en cuenta los años que han pasado, no pueden pedirme que separe con claridad lo que debo a él y lo que he ido imaginando y deformando en todo este tiempo. Por eso mismo sólo transmitiré el esqueleto del asunto para no cansar con digresiones que puedan ser producto de mi subjetividad.

El mes no lo puedo dar con precisión, pero tiene que haber sido en verano o principios del otoño. Seguramente esa noche no trabajé, porque sería ilógico que no recordara el tumulto que tiene que haberse producido. Parece que largo rato, luego de pasada la medianoche, cansado de deambular, totalmente "limpio y pasado" y sin ningún candidato a la vista, decidió irse a dormir. Pidió veinte para el ómnibus a varios habitués, como siempre. El último echó mano al bolsillo y le dio varias monedas sin contarlas. Fatigado como estaba, emprendió el regreso contando la recibido. Cuando se percató que eran ochenta y un centésimos, decidió pedir lo que faltaba para completar el peso y jugárselo. Siempre es más fácil conseguir dinero para jugar que para viajar, como si el prestamista también se asociara a la posible suerte del jugador. Se paró en la quinta mesa y puso todo a pleno al 17. Impar, pareja negra, ubicada en el centro del tapete, el 17 parece ejercer un atractivo especial sobre los apostadores. Por eso mismo produce la impresión de que no saliera nunca.

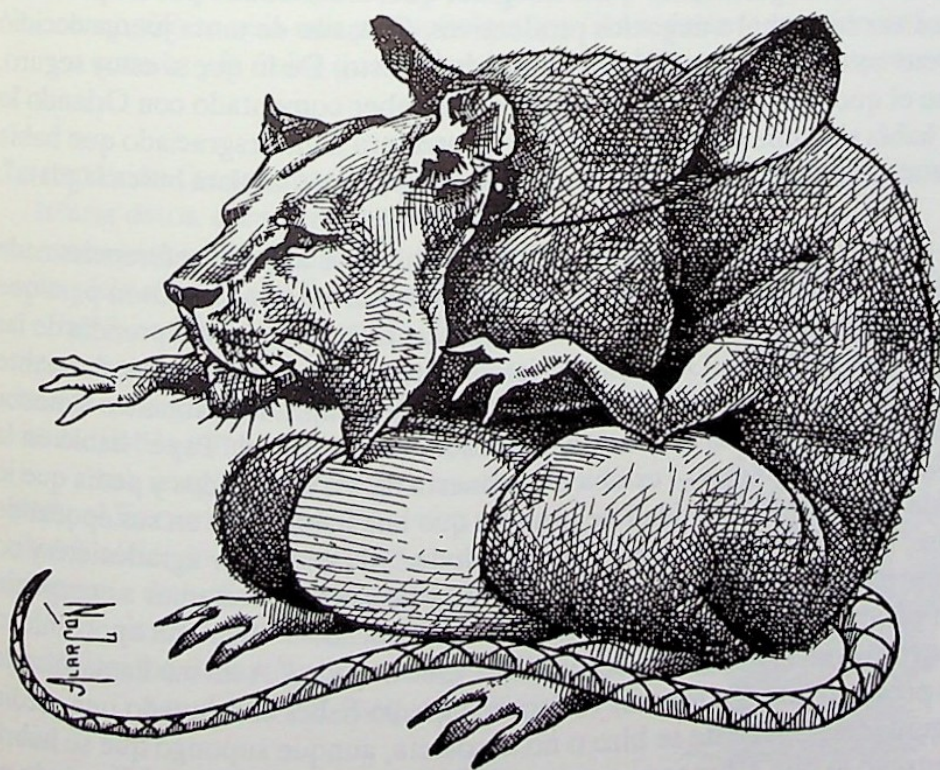
Las luces parpadearon y los empleados se prepararon para el previsible apagón. Afuera el tiempo estaba apacible y templado. Adentro, nada anunciaba lo que se iba a producir, ni siquiera los desniveles térmicos artificiales, muy a menudo generados por la desidia o distracción de los encargados del aire acondicionado. Era una noche cansada, como cualquiera otra, en un día anónimo y repetible. Martes, jueves o lunes, lo mismo da. Lo único seguro es que no era sábado ni viernes. Cuando el tallador cantó su número tuvo la

sensación de un extraño mensaje. La había tenido muchas veces sin consecuencias recordables, pero esta tendría que contarla en reiteradas ocasiones.

Puso el máximo a pleno y los dieciséis pesos restantes a medio con el 20. El ojo derecho comenzó a temblarle, incomodándole la sensación de no poder detener esos medios guiños que podían mal interpretarse. Cuando le repitieron el número debió hacer un esfuerzo sobrehumano para no saltar gritando. Sentía ganas de abrazar al tallador pero sabía que no era bien visto y no deseaba comprometerlo. Luego se fue calmado. Anunciaron las tres últimas. Algunos curiosos ya se iban acercando, llamados por los comentarios de quienes presenciaron la repetición. El amontonamiento transformaría en imperceptible su ansiedad si esta existiera, pero lo invadía ahora una extraña seguridad que le permitía rechazar sin ofender los consejos de amigos que iban surgiendo no se sabe de dónde y sortear cortésmente las insinuaciones de deudas de gratitud que algunos "pelados" dejaban deslizarse sibilinamente en su afán de jugar en las tres últimas. El único que no movió un músculo ninguna de las tres veces que se oyó cantar el 17 fue él, como si ese acto no hiciera más que cumplir un mandato divino que conociera de antemano. Tan seguro estaba del número que iba a salir que si hubiera

cantado otro, no hubiera dudado en acusar a los empleados de estafa. Algo muy íntimo había cambiado en esos escasos quince minutos. Cuando cobró lo suyo entre aplausos y exclamaciones, se sentía un poco abrumado por la cantidad de amistades que lo felicitaban y mangaban, cosas que no siempre eran nítidamente delimitables. Pagó copas para todos. En contra de los consejos "sensatos" se dirigió a Punto y Banca. No conocía bien el juego pero sentía que esa era su noche. Al cierre del establecimiento cobró en la caja veinte mil pesos, ya libres de deudas, de gratitud y de las obras. Siempre había sentido un atractivo reprimido por la sorda. Esa noche por fin, iba a conocer las delicias imaginadas de hacer correr sus manos y su boca por las carnes blancas y todavía firmes de aquella mujer inaccesible, distante, que poseía ciertas cualidades que él consideraba "calidad" y resumían el máximo atractivo que puede ofrecer una mujer. Parece natural que lo que más ansiamos sea aquello de lo que nos sentimos más huérfanos. A ella le iba a confiar uno de sus máximos anhelos insatisfechos desde la infancia: comprar un entero de lotería: esa noche tan especial también le iba a proporcionar esa satisfacción. El hombre que vendía lotería en la puerta sólo tenía dos números enteros y aunque esperaba ansiosamente sacarse toda la

mercadería, sólo pudo venderle esos dos billetes. Como los números nunca fueron mi fuerte, jamás los retuve, aunque los oí mencionar cientos de veces



Todo hace suponer que la monogamia no le sentó bien, porque a los pocos días, cuando transformado por los flamantes trajes de medida, las alhajas encoquecedoras, los salones de belleza para caballeros y vaya uno a saber cuántas cosas más, menos visibles, inició su ciclo triunfal de entradas esplendorosas, convites suntuosos, jugadas extravagantes y magníficas, la sorda ya no gozaba de la exclusividad de su compañía; él prefería retirarse con todas las putas del casino, con las

que animaba las estruendosas fiestas que sus amigos obligaban en el nuevo departamento situado encima de "El Palacio de la Música". Siempre pensé que era una adúlona exageración, pero fueron muchas las veces que oí que las tales bacanales eran comentadas por todo Montevideo. Si esto fue así, el hombre se había transformado en un personaje. Es posible que algo hubiera. En aquellos años, muchos políticos seguían alentando los mitos de "La Atenas del Plata", "Como el Uruguay no hay", "La Suiza de América", y otros con trayectoria más efímera, lo cual haría poco sorprendente cierta promiscuidad dosificadamente propagandeada, como demostración práctica de la inexistencia de clases sociales, del reino absoluto de la libertad en un país donde un simple lustrador de zapatos callejero, podía llegar a codearse y tratarse de vos con cualquiera, siempre y cuando, claro, previamente se hubiera sacado una grande de un millón de pesos.

Por uno o dos meses fue el mejor cliente para la casa y para los empleados. Una propina no había cumplido aún su ciclo natural de comentarios, cuando otra mayor la relegaba al status de modesto recuerdo individual en la memoria del pagador que la había recibido. Su tren de vida, o lo que veíamos de él, nos hacía sentir en presencia de un personaje de Scot Fitzgerald, a pesar de la parte que creíamos saber de su pasado, que en esos meses me parecía distante seguramente por no haberlo conocido antes. Los cuerdos consideraban insensata su conducta. Lo único que les pareció plausible fue la casa que le compró a la madre en el Cerrito de la Victoria.

Al cabo de ese lapso desapareció. El "Pape" dijo haber adelantado la noticia, pero ni Orlando ni yo recordábamos haber escuchado nada al respecto. Lo que le dio visos de verosimilitud fue que junto con él desaparecieron varias prostitutas. Cuando de a poco fueron regresando, confirmaron la información para satisfacción y orgullo de quien había gozado de la exclusividad. Un día sintió que Montevideo le quedaba chico y decidió ir a conocer "el casino más grande del mundo", tal como lo han propagado orgullosamente por generaciones los argentinos, confundiendo tamaño con nebulosas virtudes, cuanto menos claras más firmes. Tres o cuatro meses fueron suficientes para que olvidáramos todo aquello que por un tiempo alteró la monotonía rutinaria del descanso de los profesionales. De tarde en tarde, alguna novedad displicente y sin demasiado relieve nos recordaba el sobresalto de un tiempo que se había alejado a pasos agigantados. Alguien, amigo de alguna de las que integró su cortejo emigratorio dejó caer perezosamente la noticia del regreso. Ni se dieron ni se pidieron otros detalles. Tiempo más tarde me llamó la atención que en aquel momento no me hubiera extrañado no verlo. Seguramente quise imaginar que, aleccionado por las pérdidas, había suprimido el juego para dedicar su capital a negocios productivos. Cansado de tanta juerga decidió ordenar su vida o algo parecido. Pero no estoy seguro de haber pensado en esto. De lo que sí estoy seguro, aunque no podría afirmar quien fue el que lo formuló verbalmente, es de haber comentado con Orlando lo bueno y poco frecuente que había sido que el golpe de suerte favoreciera a un desgraciado que había trabajado desde su infancia, contradiciendo el aserto popular que aseguraba: "la plata busca la plata".

Mar del Plata no debe haberle sido propicio porque esporádicamente tuvimos algunas referencias nada brillantes acerca de su existencia en Montevideo. Un día el "Pape" estaba convenciendo a Otón para que comprara unos trajes que estaban como nuevos y eran de casimir inglés. El hombre se desprendía de las ropas que había enmarcado sus momentos de gloria. Otro día un viejo joyero que frecuentaba regularmente el Punto y Banca, refería con entusiasmo a una de sus queridas que le había comprado diamantes a menos de la mitad de su verdadero precio. Ya con el invierno muy avanzado, una noche el "Pape" habló en la "leonera". Dijo que el lustrador —así lo conocíamos— estaba en la puerta de los empleados y pedía que le hiciéramos una colecta, teniendo en cuenta la cantidad de propina que nos había dado en sus épocas de esplendor. Se generalizó la discusión. "Para qué darle si la va a timbear toda." "Hay que ser agradecidos y no olvidar lo que nos brindó." "La propina se da por un servicio eficiente y nosotros lo tratamos a cuerpo de rey." "Pero está en la llaga y no podemos dejarlo tirado en estas circunstancias." "Tuvo una oportunidad mejor de la que ninguno de nosotros tuvimos nunca y la desperdicio. Qué se joda." A mí me llamaron a la mesa y no se cómo terminó, pero presumo que, sin muchas variantes, aquello habrá continuado una media hora más. Nunca quise preguntar si finalmente se hizo o no la colecta, aunque supongo que se habrá resuelto como era habitual. Se le entregó lo que algunos pusieron, recalando sus nombres. No sé cuándo ni

cómo, en otra ocasión, el "Pape" provocó otra pequeña discusión al dejar caer que el tipo estaba enojado con la madre porque no permitió hipotecar la casa que le había regalado.

Una tremenda noche de agosto salí temprano. Un invierno voluntariosamente prolongado, obsecado en hacerse más duro cuanto más cerca sabía su fin, había desatado toda la furia que hizo escribir a un francés que Montevideo no tenía habitantes sino sobrevivientes. El mar atronaba rabioso, mostrando un rencor injustificado. El viento arremolinado jugaba con la lluvia para que ninguna

protección fuera suficiente. El agua se colaba por el cuello, las mangas y cuanto orificio se lo permitiera. Ignoro la temperatura que hacía pero no debía estar muy alejada del cero centígrado. Siguiendo las rutinas habituales me dirigí al Claridge. Allí nos juntamos noche a noche con el "Chupa", el "Bebe", Domínguez y otros más ocasionales que iban a tomar alguna cosa o comer un refrigerio buscando estimular el sueño. Desde lejos lo vi vacío. Adivinaba la cara de aburrimiento de los gallegos que creía reconocer como dos puntos blancos detrás del mostrador. Aquellos ciento cincuenta o doscientos metros se me hicieron interminables. Pensé comer un emparedado, tomar un café o irme rápido a la cama, antes que llegaran los otros. Pocas veces el local tenía un aspecto tan absolutamente deshabitado y hostil con su luz amarillenta. Crucé la puerta y confundido con mi saludo a Valentina, pero con una nitidez increíble, oí a mis espaldas la frase que me paralizó: "Se lustra". Antes de darme la vuelta sabía con total certeza que era él. A pesar de ser todo lo previsible que se quiera, nunca lo había imaginado nuevamente con el cajón de lustrar. Estaba agachado, sentado sobre sus talones. Con las manos se frotaba los brazos desnudos. Tenía sólo una camiseta de verano, de mangas muy cortas, con rayas pequeñas horizontales, muy modesta como el pantalón. Así encogido se veía más pequeño que yo. Tenía delante su cajón de lustrador, su pertenencia anterior a los sucesos y la única que no había perdido. ¡Cómo sería su aspecto que el gallego le había dado gratis un capuchino caliente y dos panes!

La impresión fue tan fuerte que no pude articular palabra. Todo ese tiempo había querido preguntarle cosas, aclarar datos, escudriñar sensaciones, pero ante su imagen tan esmirriada, sólo pude señalar con la cabeza que no me iba a lustrar los zapatos. Luego, lentamente llegué hasta el mostrador, salude a los gallegos y me fui sin tomar nada. Fue la última vez que lo vi, pero esa imagen la retuve por mucho tiempo. Es extraño la facilidad con que había olvidado la luciente figura de su momento de brillo, en contraste con el tiempo que me llevó mitigar la perspicuidad de su figura derrotada en aquel café del Parque Rodó.

Toluca, 30 de marzo de 1983 •

